

de la falda, con el mirar de sus ojos verdes puesto en la lejanía.

¿Verdad que es muy triste, muy dolorosa, la imagen de esta pobre Soledad?

SOR TERESA

Sor Teresa.

Rápido va el tren. El aire juniano sacude los abiertos cierres del cristal.

La primavera desborda en botones jugosos sobre las ramas de los árboles y en hervires sanguíneos bajo las venas de las criaturas. Del cielo cuelgan nubecillas que parecen cortinajes de harén; de la tierra salen vahos fecundos; los pájaros preparan sus nidos; mujeres y hombres apasionan, al mirarse, los decires mudos de sus ojos. La Naturaleza se renueva; nada y nadie se substraen a esta renovación. Hasta los ob-

jetos inanimados la disfrutaban. Las ventanas de los edificios son bocas que ríen; las piedras, bruñidas por el sol, sudan partículas de luz.

Rápido va el tren; apretujada en sus interiores la gente. Un fuerte olor humano se esparce por la atmósfera del vagón.

Los viajeros conversan alto para que sus palabras retocen y se ayuntan; alentares briosos alzan los pechos de las mujeres e hinchan las gargantas de los hombres. Es la sangre que se despereza, la savia que sube...

Junto a mí va un mozo de veinticinco a veintiséis años. En los ojos tiene pasión; en la fuerte mandíbula, voluntad; en la frente ancha, inteligencia; en los recios músculos, poderío.

En el asiento frontero reduce su cuerpo, con propósito de hacerlo invisible, una mujer.

Es una monjita, envuelta por el negro hábito de su Orden. Las líneas de su carne desaparecen bajo el ropón amplio y mal cortado; ni una sola curva se remarca sobre los pliegues de la tela; la toca envuelve la cabeza y borra el dibujo femenino de los hombros; el rostrillo cubre la frente, las orejas y la garganta. Del cuerpo sólo se ven las manos; dos manos finas, principescas, de piel suave, dedos apuntados y uñas color de rosa. Las lleva cruzadas, prontas a la oración.

De la cara se descubren los ojos, negros y dulces ojos que se adoselan con cejas de levísima arqueadura. Brillan ellos con resplandores juveniles, aunque procuran esconderse tras la celosía del pestañaje. También se descubren la nariz, de griego modelado; la boca, en corales teñida, y la redonda barba, que un gracioso hoyuelo hace dos.

Los mirares del mozo están puestos en la monjita con insistencia, que sería irrespetuosa si no fuera espontánea y franca. Tal vez, hombre y artista, admira en la monja la belleza por ser belleza, y por ser bella a la mujer; tal vez hombre, nada más que hombre, se sintiese atraído por un impulso irreflexivo hacia aquella criatura que la Naturaleza construyó para madre de hijos y compañera de varón. Tal vez porque la savia primaveral hierve en sus venas de veinticinco años, mira a la monjita fijo, fijo, como si el pálido cutis, encuadrado por el rostrillo, fuera imán de sus ojos.

Fijo la mira, mientras el tren va rápido y el aire juniano sacude los abiertos cielos del cristal.

Fijo la mira él con sus ojos. Ella no levanta los suyos. Sí, un momento los alza, sólo uno, lo preciso a desentumecer los

párpados; los alza, y ve puestos en su persona los mirares del mozo. Los párpados caen de nuevo sobre las hermosas pupilas; las celosías del pestañaje se reprietan contra ellas, y las manos se cruzan más, como si ya, no apercibidas, dedicadas estuviesen a la oración.

Sus ojos no se alzan; pero los mirares del mozo siguen puestos en la monjita. Aunque ella no los ve, los siente, y su cutis pálido se cubre de encendidos matices, y entre el pestañaje lucen reflejos temblorosos, y la griega nariz entreabre sus ventanas, y los coralinos labios se fruncen, y una ola de rubor se extiende por su cutis, para morir con bermejeces cálidas en el rostrillo. La negra toca, que oculta las líneas femeniles del cuerpo, ondea suavemente, como si una brisa de dentro a fuera la orease.

¡Divino rubor este de la mujer cuando

siente puestas sobre ella las miradas del hombre!

Acaso la monja apriete la cruz de sus manos y traiga a sus labios el rezo para resistir lo que ella, fiel a sus creencias, llamará tentación; lo que es sencillamente un llamamiento de la Naturaleza, un requerimiento a la vida, un saludo que la primavera, asomándose a las pupilas de un mancebo, dirige a una virgen.

Virgen de la celda, obligada, por voluntarios votos, a substraerte del humano vivir, para esperar en el divino, también yo te miro, sin que en mis ojos y en mi juicio existan faltas de respeto; te miro con tu negro traje y tu rostrillo blanco y tus manos en cruz, apercibidas a la oración.

Te miro, y bendigo a la primavera triunfadora que, asomándose a los ojos de un mozo, ha traído rubores a tu cara y oreos de brisa a los pliegues rígidos de tu manto.

LA IDIOTA

La idiota.

Surgió ante mí a la postrimera luz del crepúsculo. Brujesca evocación parecía; imagen caótica arrancada a las aguasfuer-
tes de Rops.

Social y patológicamente era un monstruo. Era mendiga y era imbécil; horrible de cara y contrahecha de intelecto.

Su cabezota oscilaba en el espacio como péndulo loco. Su boca se rasgaba para hacer más horrible el rostro con el rechinar de los dientes agudos.

Siniestra aparición fué la suya en la se-

minoche, junto a los troncos del pinar verdinegro.

Por entre dos pinos surgió. Criatura de los paisajes tristes, aparecía en su sitio y a su hora.

Los árboles negreaban sobre la atmósfera tal que dibujados con tinta. Sus raíces, mal hundidas en tierra, reptileaban por el césped buscándose, retorciéndose, enroscándose las unas a las otras como serpientes en batalla. El césped, empalidecido con la perpetua sombra, era cenizoso. El reflejo último del sol teñía las ramas altas de resplandores espectrales. Una lechuza y un buho se saludaban desde lejos con gritos rechinosos. El aire hacía ¡chits! al partirse contra las hojas.

Templo de valpurgis, palacio de aque-larres, ara propicia a los sacrificios demoníacos, alcoba nupcial de monstruosas parejas, resultaba el ensombrado bosque.

A él debieron acudir, en las rituales noches del sábado, las brujas de otro siglo para recoger los mandamientos de su dios, Satanás; allí se embriagarían con pócimas nauseabundas; allí molerían con su enciaje desdentado los manjares avérrnicos; allí untarían sus órganos seniles para resucitar juventudes muertas y entregarse a concupiscentes frenesíes, con sapos de circulares ojos, con diablos rabudos, con cabríos de ancas recias y lengua barba.

Allí irían las brujas; allí entonarían himnos a Belcebú; allí vibraría a la media noche el hálito del Irremediable.

Allí fué Rops, sin duda, a beber sus inspiraciones dantescas, a buscar los modelos de sus caprichos infernales; allí, en las vecindades de la noche, se me apareció súbito el trágico fantasma, hecho con carnes de mujer y con harapos de miseria.

Verla fué espanto de mi espíritu. Asco

y miedo sentí. Mi ser todo experimentó el escalofrío y sufrió la náusea.

Era vieja; su cutis, reseco cordobán; sus cabellos grises, burlescamente trasquilados, formaban crin de alimaña salvaje en su cabeza descubierta; por el boquete de las órbitas asomaban los ojos redondos, estupefactos; los párpados se corrían sobre ellos como dos churretes de sangre. Su nariz, estrecha y aguda, era pico urraqueño; sus labios, no abiertos, disentidos por un tirón brutal de los músculos, descubrían dientes de loba. Aquellos dientes chirriaban en un continuo ir y venir; la espuma burbujeaba entre ellos. La barba, después de curvarse hacia la nariz, descolgábase en cuerdas rígidas para fenecer junto a un cuello ético que oscilaba con angustioso ritmo.

Una cofia llena de pringue enfundaba el busto de la vieja; por las hombreras de

su pañoleta caían dos brazos angulosos; una falda rota en jirones descubría la media pierna. Al extremo de los brazos bailoteaban dedos garrudos; del tobillo arrancaban los pies. Eran manojos de sarmientos.

Tal fué la criatura de pesadilla que se me apareció. Esta criatura no hablaba, gruñía, extendiendo una de sus manos, guiñándome los ojos redondos, volviéndose toda ella mueca hambrienta e imbecil.

Y no era visión; no era fantasma de mis imaginaciones crepusculares. Ser vivo era, arrojado por el azar al paso mío, a la hora del crepúsculo, entre los pinares verdinegros, en el fondo solitario del bosque.

La Naturaleza había comenzado aquella dolorosa escultura; la sociedad la perfeccionó. A la idiota añadió la mendiga. A

la imbecilidad puso el abandono por rúbrica...

La boca continuaba gruñendo, los redondos ojos guiñándose, la mano extendida temblaba; acentuábase el rítmico ir y venir de la cabezota sobre el cuello.

Llevaba yo en el bolsillo restos de merienda, y se los ofrecí a la idiota.

No fué cogernos, fué arrebatarnos de un zarpazo su acción. Con gesto de alimaña famélica hizo presa en ellos. Su garganta modulaba ronquidos de amenaza y placer.

De pronto, pegó un salto y huyó con la remordida presa en los dientes.

El postrimero reflejo del crepúsculo se extinguió. La bestia humana en fuga volvióse sombra entre los huecos del pinar. Aun veía yo su cabeza-péndulo ir y venir en las negruras del paisaje.

La lechuga prorrumpió en grito victorioso; respondiólala el buho. A un tiempo

abandonaron los distintos árboles en que se cobijaban, y volaron al encuentro una del otro.

El ruido de sus alas trajo al espacio una tristeza más.

Todo fué tinieblas después.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1825 MONTERREY, MEXICO